

está ya decidida la suerte de las armas. La acción se sostuvo principalmente en dos puntos: por el lado de Colombey y en los bordes de la meseta de Borny, en donde lucharon los soldados del 3.º cuerpo, y en Mey, en donde combatieron las tropas de Ladmirault.

El general Goltz, á quien los nuestros tenían en jaque delante de Colombey, esperaba impacientemente socorros, ya que en el momento de emprender el ataque, había solicitado la ayuda del I.º cuerpo y además había dado aviso á su jefe directo, el general Zastrow, comandante del VII.º El I.º cuerpo estaba sobre las armas, dispuesto á dirigirse allí donde la batalla exigiera su presencia. Primero llegaron las baterías y después la infantería intentó escalar las vertientes del barranco, delante de Montoy y situarse entre el camino de Sarrelouis y de Sarrebruck; pero los prusianos, aunque apoyados por grandes masas de artillería, ganaron muy poco terreno, logrando, en cambio, causarnos pérdidas terribles. Entonces cayó mortalmente herido el general Decaen, y el mismo Bazaine, que, con su valor habitual, se había mezclado con los soldados, recibió una ligera contusión. En el entretanto, nuestros efectivos habían aumentado considerablemente, pues el 3.º cuerpo había tenido tiempo de desplegarse, y quizás una vigorosa iniciativa en aquel momento habría podido rechazar á todo el I.º ejército; pero, cuando era necesaria la audacia, los franceses se contentaron con no retroceder. Zastrow, aunque sorprendido de la temeridad de su lugarteniente, no había vacilado en socorrerle: una brigada acudía apresuradamente al lugar de la acción y otra iba á sostener el ala izquierda alemana, y nuestros adversarios, reforzados con estas tropas, intentaron de nuevo la ocupación de la meseta. El punto culminante estaba señalado por algunas pequeñas construcciones designadas con el nombre de Bellecroix, casi en la conjunción de las carreteras de Sarrebruck y de Sarrelouis, y hacia aquel punto concentraron todos sus esfuerzos nuestros adversarios. Entre Colombey y Bellecroix corría un camino hondo orlado por una doble hilera de álamos y de cipreses, y el enemigo, protegido por estos precarios abrigos, únicos que se encontraban al acercarse á la cumbre, intentó avanzar. Durante una hora se combatió disputando palmo á palmo cada terraplén, cada grupo de árboles, cada matorral: aquel camino, cubierto enteramente de tumbas, se llama todavía *la alameda de los Muertos*. Los alemanes consiguieron llegar hasta el extremo del camino; pero, una vez en la calzada de Sarrebruck, no pudieron pasar adelante, quedando en poder nuestro las verdaderas posiciones que eran el objetivo de la lucha, á saber, Bellecroix, la meseta y la aldea de Borny.

En estas condiciones se desarrollaba la acción por el lado de Borny. En el otro extremo de nuestra línea, la división Grenier, que se había quedado atrás, había permanecido, como hemos dicho, en sus posiciones, mientras el resto del 4.º cuerpo descendía hacia el Mosela, y al oír los primeros tiros había empuñado las armas. Ocupaba en las colinas la aldea de Mey y un pequeño bosque situado al Nordeste, y se extendía hasta una capilla llamada la Salette. El I.º cuerpo prusiano, al mismo tiempo que enviaba una de sus vanguardias en socorro de Goltz, había dirigido la otra sobre Noui-

lly, es decir, hacia el lado de Mey. Los tiradores enemigos, utilizando los abrigos de los barrancos, consiguieron de pronto encaramarse á las alturas, pero luego, abrasados por el fuego de los chassepots, descendieron á toda prisa las vertientes. Reforzados con algunas tropas y apoyados por una potente artillería, no tardaron en reanudar su tentativa, y el combate se prolongó hasta las siete en las inmediaciones del bosque de Mey, sostenido con encarnizamiento por ambas partes. Al fin el bosque cayó en poder de los prusianos, quienes llegaron á aproximarse á la aldea, aunque sin entrar en ella, pero los soldados de Grenier, conducidos algo en desorden hasta el camino de Mey á la Salette, no tardaron en reponerse. La división Cissey, cuya 2.ª brigada había en parte intervenido en el combate, se presentó en el lugar de la acción, al mismo tiempo que la división Lorencez avanzaba hacia el Nordeste amenazando la derecha enemiga. Estos oportunos refuerzos restablecieron la igualdad, y después de algunos combates confusos, que la creciente oscuridad hacía más confusos todavía, fué reconquistado el bosque de Mey.

Ni siquiera con la noche cesó el combate, pues aun en medio de las tinieblas los dos contendientes se tirotearon, no extinguiéndose el fuego sino gradualmente. La lucha que acababa de terminar, aunque sostenida algo al azar y sin dirección de conjunto, había costado más sangre que muchas batallas decisivas: nuestras pérdidas eran 3.600 muertos, heridos ó desaparecidos (1); las del enemigo alcanzaban la cifra de cerca de 5.000 hombres (2). Con las últimas detonaciones se mezclaron los acordes de las músicas prusianas que tocaban himnos de victoria; también los nuestros mostrábase regocijados y se atribuían el triunfo, pues decían que habían conservado intactas sus posiciones principales; y, en efecto, los franceses no abandonaron la meseta hasta mucho después, por su propia voluntad y para proseguir un movimiento retrógrado acordado mucho antes de la batalla. Pero aquella lucha, aun gloriosamente sostenida, aun victoriosa, si es que significa una victoria el quedar dueño del terreno, había retardado un día la marcha de la cual dependía nuestra salvación: los prusianos, atentos á adelantársenos, ganaban para sus operaciones las horas que nosotros perdíamos; y era menester que la fortuna se mostrara muy encarnizada en perdersnos cuando volvía contra nosotros hasta nuestros raros y frágiles éxitos.

VIII

Apenas terminada la batalla, ordenó Bazaine al comandante del 4.º cuerpo que reanudara la marcha interrumpida y descendiera de las alturas (3); pero sea por la oscuridad ó por otra causa cualquiera, el mensaje no llegó á su destino y la voluntad del general no fué conocida sino tardíamente (4). Ladmirault, sin esperar que pasara la noche, púsose de nuevo en camino, y á las primeras horas del día siguiente atravesó el río

- (1) *Revue d'histoire*, junio de 1903, pág. 1361.
- (2) *La guerre franco-allemande*, tomo I, pág. 489.
- (3) Bazaine, *Episodes de la guerre de 1870*, pág. 71.
- (4) Coronel Rousset, *Histoire du 4.º corps*, pág. 91. — *Souvenirs inédits du colonel de la Tour-du-Pin*.



por los puentes de barcas de la isla Chambiere. El 3.^{er} cuerpo también se replegó y pasó el río; de modo que á cosa de mediodía del 15 estaba completamente evacuada la orilla derecha.

En adelante, todo el interés de los acontecimientos había de concentrarse en la margen occidental del Mosela; de aquí la necesidad de describir con algunos detalles esa región famosa en donde la mirada distingue en la actualidad principalmente dos cosas: los fuertes que defienden la conquista y las tumbas que señalan el sitio en que descansan los muertos.

Cuando, después de haber pasado el Mosela, se sale de Metz por la puerta de Francia, se ve extenderse al Oeste la ancha calzada de Verdún (1), que sigue paralelamente, casi tocándolo en algunos puntos, el Ban-Saint-Martin, vasta explanada plantada de árboles y en 1870 cubierta de barracas. A la derecha se alza el monte Saint-Quentin, coronado por un fuerte, y que con su altura de unos seiscientos pies domina toda la región; y más allá, sobre una colina menos elevada, está el fuerte de Plappeville. A la izquierda extiéndense grandes praderas que llegan hasta el Mosela. Atraviésase luego Longeville y un poco más lejos Moulins, verdaderos arrabales cuyas casas se tocan á lo largo de la carretera; á corta distancia aparecen varias pequeñas aldeas, Sey, Chazelles y Lessy, que parecen suspendidas á las laderas del monte Saint-Quentin, y al otro lado de la calzada, Jussy, Vaux y Sainte-Ruffine, medio ocultas en los repliegues del terreno ó escalonadas en las colinas. Al Noroeste un frondoso valle, estrecho y pintoresco, denominado valle de Longeau, sube hacia Châtel-Saint-Germain. Tales son los alrededores inmediatos de la ciudad que ofrecen un aspecto de variedad encantadora, pues están constituidos por una confusión caprichosa de colinas, por matorrales, sotos y viñedos, por horizontes limitados, pero deliciosos, por una naturaleza verdeante, tranquila, caprichosa, cuyo recuerdo no se aparta de la memoria de los antiguos habitantes de la comarca arrojados de ella por la conquista.

Cuando, siguiendo hacia el Oeste, se ha dejado atrás la aldea de Rozerieulles, el camino asciende por una cuesta muy ruda, y después de un descenso, sube de nuevo y llega al gran burgo de Gravelotte situado á trece kilómetros de Metz. En aquel punto la calzada se divide en dos caminos; ambos van á parar á Verdún, pero el uno, describiendo una curva, pasa por Confláns y Etain y el otro por Mars-la-Tour. Desde la colina de Rozerieulles, el aspecto general del país ha cambiado, los horizontes son más vastos, las líneas más severas, las perspectivas más dilatadas; y en los campos, en los bosquecillos y en las canteras abundan las tumbas: estamos en pleno campo de batalla.

Al Sur de la carretera, es decir, á la izquierda viniendo de Metz, hay varios barrancos que, con inclinación más ó menos rápida, descienden hacia el Mediodía, y luego, torciendo ligeramente hacia el Este, van á confundirse con el Mosela. Entre ellos está el barranco del Mance, profundo, agreste, que baja en dirección á Ars, después del cual vienen otros que nacen al Oeste de Gravelotte, y reuniendo más allá sus ramificaciones, terminan en la aldea de Gorze. Por estos valles había

(1) Véase el mapa adjunto y el intercalado en la pág. 290.

de subir, después de pasado el Mosela, el enemigo, ansioso de arrollarnos; al principio protegerían su marcha algunos grandes bosques, pero á medida que se acercase á la calzada, desaparecerían aquellos abrigos, por lo menos en parte, y tendría que avanzar por terreno descubierto para atacar al ejército francés y cortar la retirada.

Tales eran los desfiladeros por donde habían de subir los cuerpos prusianos. Si, por el contrario, se fijaban los ojos á la derecha de la carretera, veíase una vasta meseta muy ondulada que se extendía al Norte hasta la calzada de Metz á Briey, al Noroeste hasta el pequeño río Orne y al Oeste hasta el arroyo Yrón, y se prolongaba luego en dirección á Verdún: por esta meseta debían efectuar su retirada nuestras columnas. En aquel mes de agosto, esos lugares estaban cubiertos de mieses que los labradores se apresuraban á reunir en gavillas antes de que fueran destruidas en los combates. La riqueza del país se revelaba por el número de viviendas. En el borde oriental de las alturas, extendíanse de Sur á Norte, en una línea casi perpendicular á la carretera real, una porción de granjas y de aldeas como la granja de *Point-du-Jour*, hoy englobada en la construcción de un fuerte; la de *Saint-Hubert*, la de *Moscou*, despejada y sin abrigo alguno; la de *Leipzig*, la de la *Folie*, la de la *Envie*, la de *Champenois* y la grandiosa de *Montigny-la-Grange*, que tenía tanto de granja como de castillo, pues se hallaba rodeada de agua, flanqueada de torres y doblemente protegida por sus setos y sus empalizadas. Más allá, y en la misma prolongación, se encontraban Amanvillers y el caserío de Jerusalén; algo más lejos, Saint-Privat con sus apretadas casas, sus vallas de piedra y su glacis que en suave pendiente descendía hasta Sainte-Marie-aux-Chênes, y finalmente, en el extremo Norte aparecía Roncourt. Esta línea había de ser la de nuestra defensa en el caso de que nuestro ejército, detenido una primera vez, librase una nueva batalla antes de ser empujado hacia Metz.

Avanzando más hacia el Oeste, se encontraba, casi á la altura de Gravelotte y también en dirección de Sur á Norte, otra serie de granjas y aldeas: la granja de *Modagor*, el caserío de la Malmaison, algo más atrás la granja *Chantrenne*, Verneville y luego Habonville y Saint-Ail que en los desastres futuros habían de continuar bajo el dominio de Francia. Más allá de Gravelotte, las dos ramas de la calzada de Verdún, separándose considerablemente uno de otro, continuaban corriendo por la meseta: estos dos caminos eran los que había de seguir nuestro ejército. El ramal de la derecha, dejando á un lado Villers-au-Bois y Saint-Marcel, se dirigía hacia Doncourt; el de la izquierda, cortado más allá de Gravelotte por los barrancos que bajaban hacia Gorze, se prolongaba hacia Rezonville y llegaba hasta Vionville, después de haber cruzado grandes espacios completamente despejados. Finalmente, al Sudoeste aparecía Tronville, al Noroeste y en lontananza Bruville, y enfrente Mars-la-Tour, puntos extremos ya muy distantes de Metz, tanto que si llegáramos hasta ellos podíamos considerarnos medio salvados, y si los dejáramos atrás, salvados del todo.

Aquellos lugares parecían muy á propósito para las luchas de los hombres, pues eran bastante descubiertos para que en ellos pudieran desplegarse los ejércitos y

ofrecían bastantes abrigos para que las tropas, quebrantadas por el combate, pudieran reorganizarse para intentar nuevos esfuerzos. A los campos cultivados sucedían los bosques, como el de los Genivaux, el de la Cusse, el de Pierrot y de Saint-Marcel y, por último, el de Tronville. Las aldeas ofrecían singulares contrastes: unas, como Habonville y Verneville, estaban escondidas entre los árboles; otras, como Amanvillers, aparecían al descubierto; y otras, como Saint-Privat, constituían verdaderas posiciones militares. La palabra meseta no era del todo exacta, pues lo que como tal se designaba tenía sus puntos culminantes, como el *Point-du-Jour*, encima de Rozerieulles, la *Malmaison*, cerca de Gravelotte, y los picos áridos de Rezonville; y además hallábase cortada por barrancos, como los que, remontando desde Ars ó de Gorze, seguían mostrando sus hondonadas en las alturas, y los de *Grisières* y del *Fond-de-la-Cuve*, entre Mars-la-Tour y Bruville, en los cuales nuestros soldados, casi fugitivos, habían de creer, durante un momento fugaz, que al fin sería suya la victoria.

Por aquellas vertientes y al través de aquellos caminos habían de avanzar las tropas francesas en la jornada del 15. Las divisiones de caballería de Du Barail y de Fortón, acampadas desde el 10 de agosto la una en el Ban-Saint-Martin y la otra en Montigny-les-Metz, habían levantado la víspera sus vivaques, y precediendo á gran distancia al resto del ejército, llegaron muy temprano la primera á Doncourt y la segunda á Mars-la-Tour. El 2.º cuerpo salió por la mañana de Rozerieulles y á las diez llegó á Rezonville, extendiéndose al Sur de la calzada de Verdún y hasta la salida de los bosques. Al Norte de la carretera situóse el 6.º cuerpo, que prolongó sus acantonamientos en dirección á Saint-Marcel. La Guardia, que se había quedado algo atrás, se distribuyó entre la granja de Moscou y Gravelotte. Eran aquellas unas etapas muy cortas y una marcha muy lenta para unas circunstancias en que el éxito consistía en no perder ni una hora; pero entonces se expiaban los errores generales del mando supremo que no había reconocido ni aprovechado todos los caminos que partían de Metz, que no había apresurado bastante la construcción ó reparación de los puentes y que además no había limitado bastante los bagajes á lo más estrictamente necesario. En el entretanto, las dificultades, ya muy grandes para los cuerpos primeramente puestos en movimiento, se transformaban en confusión inextricable para los que habiendo tomado parte en el combate de Borny, no habían pasado el Mosela hasta después de la batalla.

A la salida de Metz, cruzáronse y amontonáronse desde por la mañana en una obstrucción indescriptible los cuerpos 3.º y 4.º, y Lebœuf, nombrado comandante del 3.º en reemplazo del general Decaen, acabó por utilizar uno de los caminos vecinales, el que sube por el barranco de Chatel; pero, á pesar de esta derogación de la orden general, sólo dos divisiones, la de Naylor (1) y la de Montaudón, consiguieron realizar la etapa, acampando á las seis de la tarde en Verneville. De las otras dos divisiones, la de Aymard (2) sólo pudo recorrer algunos kilómetros y la de Metman, cogida en

(1) El general Naylor reemplazaba al general Castagny, herido en Borny.

(2) Antes división Decaen.

medio de las columnas de bagajes, se vió obligada á detenerse muy cerca de la ciudad. En cuanto al 4.º cuerpo que había de llegar en la tarde del 15 á Doncourt, permaneció todo el día entre Metz y Woippy. Estas intermitencias parciales engendraban una confusión inmensa, porque ¿cómo apresurar la marcha de Frossard, de Canrobert y de Bourbaki, cuando sus cuerpos de Lebœuf y de Ladmirault no lograban salir del laberinto formado en las inmediaciones de Metz?

Los prusianos continuaban su movimiento envolvente, y si es justo reconocer su habilidad, es aún más conveniente admirar su fortuna. Según el parecer de los jueces más autorizados, no habría sido imposible sorprenderlos el día 13 en su marcha, cuando sus cuerpos estaban demasiado espaciados para apoyarse unos á otros; mas una vez pasado este peligro, nuestros enemigos respiraron, y el 14 la Guardia llegó á Dieulouard y el X.º cuerpo se concentró en Pont-à-Mousson, en donde Federico Carlos instaló su cuartel general. Estaban los prusianos tocando ya al Mosela, y los hulanos y los dragones, que habían cobrado gran osadía, avanzaron hacia el Sur, se dirigieron desde Dieulouard á Villers-en-Haye, llegaron á Frouard y se aventuraron hasta las murallas de Toul. El mismo día la 5.ª división de caballería se extendió al Oeste hacia Thiaucourt y Beney, y finalmente, por la tarde, algunas patrullas, desviándose hacia el Noroeste, se presentaron en la aldea de Buxieres, situada á seis ó siete kilómetros de la carretera de Verdún (3).

Aquella jornada del 14 había sido la de Borny. El combate retrasaba veinticuatro horas nuestra retirada, y este fué el fruto que de la batalla recogieron los prusianos. El 15, desde el amanecer, los exploradores enemigos llegaron en sus reconocimientos hasta cerca de Metz, y, á pesar de una espesa niebla que cubría las orillas del Mosela y del Seille, reconocieron las huellas de campamentos abandonados. Poco después, el rey, que venía de Hemy, se dirigió al teatro de la acción. Disipadas las brumas, las exploraciones podían ser más seguras, y efectivamente, desde las colinas distinguíanse más allá de Metz nubes de polvo que revelaban la marcha de largas columnas que se encaminaban hacia el Oeste (4). Pareciendo ya cierta la retirada francesa, no faltaba más que llevar apresuradamente todo el ejército hacia la orilla izquierda del Mosela.

No tardaron los prusianos en hacerlo así: el X.º cuerpo concentrado en Pont-à-Mousson, avanzó al otro lado del río, y la Guardia, que se encontraba en Dieulouard, efectuó asimismo el paso de éste y destacó una de sus divisiones hasta Villers-en-Haye y su vanguardia hasta Roziere. Tales fueron los movimientos del ala izquierda. El ala derecha del II.º ejército había hasta entonces permanecido un poco atrás á fin de apoyar, en caso necesario, las tropas de Steinmetz; pero desde aquel momento pareció superflua aquella prudencia y á las once de la mañana Moltke telegrafió al príncipe Federico Carlos: «Los tres cuerpos de vuestra ala derecha (III.º, IX.º y XII.º) están desde ahora enteramente á vuestra disposición (5).» El IX.º cuerpo llegó á Ver-

(3) *Le guerre franco-allemande*, tomo I, págs. 441-442.

(4) *Idem*, pág. 497.

(5) *Correspondance militaire du marechal de Moltke*, tomo I, página 289.

ny y el XII.º á Nomeny; en cuanto al III.º, su jefe, el general Alvensleben II, no se había resignado á esperar los acontecimientos, y al tener noticia de los sucesos de la víspera, no había podido contener su fogosa impaciencia y había dicho con alegre ardimiento á su jefe de Estado mayor: «Nos ponemos en marcha.» Por la mañana telegrafió, desde su cuartel general de Allemont, al mariscal Moltke y al príncipe Federico Carlos: «A juzgar por los resultados del combate de ayer, es poco probable que el enemigo piense aún en tomar la ofensiva en la orilla derecha... Por otra parte, el cuerpo de ejército no tiene ninguna necesidad de descanso.» Y luego añadía: «Me propongo, en su consecuencia, pasar hoy el Mosela...» Tanto apresuramiento no dejó de sorprender al propio príncipe Federico Carlos; pero el ardor del general Alvensleben triunfó de todo, y por la tarde el III.º cuerpo llegó con una de sus divisiones á Noveant y con otra á Champey, y aun envió algunos destacamentos á Gorze, es decir, á seis kilómetros de Rezonville.

Los alemanes casi tocaban aquella carretera de Verdún por donde el ejército francés se retiraba, y en aquel día 15 las vanguardias se pusieron en contacto. La 5.ª división de caballería prusiana, que se había adelantado mucho, había enviado por la mañana, en la dirección de Tronville y de Mars-la-Tour, la brigada Redern con las baterías montadas; aquellos sitios eran precisamente los que acababa de ocupar la división Fortón, y las artillerías de ambas divisiones rompieron un cañoneo más ruidoso que mortífero, que duró una hora. En aquel momento la brigada Redern estaba sola; el general Fortón, por el contrario, disponía de toda su división y además acudía en su ayuda, desde Doncourt, el general Du Barail con sus cazadores de Africa, y no estaba lejos la caballería del 2.º cuerpo. Tal vez un ataque pronto y resuelto hubiera desembarazado completamente la zona de marcha, pero tal operación ni siquiera se intentó. Al ruido del cañón no tardaron en acercarse las demás brigadas enemigas: á las dos, la 5.ª división prusiana había reunido todas sus fuerzas, es decir, treinta y cuatro escuadrones, y por consiguiente había pasado el momento oportuno. El general Fortón, considerándose entonces poco seguro en Mars-la-Tour, retrocedió algo hacia Vionville.

Mientras el ejército prusiano evolucionaba en torno nuestro, nuestras columnas continuaban aglomerándose en los caminos demasiado estrechos, y la caballería había pasado ya Vionville cuando aún se estrujaban á la salida de Metz los últimos regimientos. Esta confusión era la imagen de la que en el mando supremo reinaba: en efecto, cuando el ejército volvía los ojos á los que le guiaban, se encontraba con dos hombres, el emperador, que, habiendo abdicado todo poder, vacilaba en partir, y el mariscal Bazaine que, después de haber concentrado en sí toda autoridad, titubeaba en ejercerla resueltamente.

Napoleón, á poco de haber salido de Metz, interrumpió su marcha, deteniéndose, en parte por perplejidad y en parte por cansancio, en Longeville, en donde había tenido noticia del combate de Borny. Esta batalla, para quienes sólo veían las apariencias de las cosas, había sido una victoria, y por ella había el emperador felicitado al mariscal. Al día siguiente y marchando por

atajos, tan grande era la aglomeración, llegó á Gravelotte y allí hizo nuevamente alto. ¿Se alejaría definitivamente? No sabía qué decidir. Varias órdenes equívocas y sucesivas dispusieron que se cargaran los equipajes y se prepararan los coches; pero al fin el soberano no se movió y por delante de la posada en donde se albergaba desfilaban los soldados silenciosos ó murmurando contra la pompa poco militar de los trenes imperiales. El príncipe imperial iba de un lado á otro interrogando á los oficiales y tratando, con su mirada de adolescente, de penetrar hasta el fondo de las almas; en cuanto al príncipe Napoleón, á quien la casualidad había llevado en medio de aquella tormenta, leía. Aquel día 15 de



El príncipe Napoleón

agosto era día de fiesta, y algunos leales cogieron algunas flores y se las ofrecieron al soberano en testimonio de afecto y de deseo de mejor fortuna. De nuevo se suscitó la cuestión de la partida, discutiéndose cuál camino se seguiría, si el de Mars-la-Tour ó el de Etain, y qué tropas constituirían la escolta; y, sin embargo, la inmovilidad se prolongaba, pues el desdichado príncipe comprendía que si no podía permanecer entre el ejército como general, no podría tampoco mantenerse mucho más en París como soberano.

También Bazaine se hallaba perplejo á su manera, y en esto estribaba otro peligro muy distinto. De mala gana realizaba el movimiento sobre Verdún, y las frases pronunciadas entonces por él y repetidas más tarde atestiguan sus repugnancias: á uno le decía que, si fuese libre, no retrocedería sobre el Mosa; á otro le hablaba de llevar á cabo una incursión por el lado de Pont-à-Mousson (1). En el momento de perder de vista la plaza de Metz que era su punto de apoyo, sentía una especie de vértigo, como un equilibrista de mediana experiencia en el instante de abandonar el balancín. En su espíritu habíanse grabado, según parece, ciertas recientes confidencias del emperador, quien, en una conferencia que con él tuvo la noche antes, hablóle dado á entender que estaba en negociaciones con Italia y con

(1) *Procès Bazaine*, audiencia del 24 de octubre de 1873.